

Editorial

Tal vez sea la vocación uno de los temas sobre los cuales nos cuestionamos de manera más recurrente durante el transcurso de nuestras vidas. O acaso, cuando niños, no jugamos con nuestro casco rojo de bombero o nuestro equipo en miniatura de médico. Más aún, bordeando la mayoría de edad, el tema de nuestra vocación fue quizá el que mayores dolores de cabeza nos originó, mayores incluso que el propio examen de admisión a la universidad. Y muy probablemente en nuestra vejez, nos cuestionemos sobre todas aquellas cosas que hicimos -o dejamos de hacer- por vocación.

Y es que la vocación deviene en algo tan etéreo como la propia fe. Y no sin razón, pues ambas constituyen nuestro soporte ante la duda, ante los cuestionamientos, propios y de terceros, tanto sobre nuestro trabajo, como sobre nuestras creencias. Pese a lo etéreo de su definición, creemos que la vocación es aquella motivación interna y casi incomprensible que nos motiva a trabajar en determinadas actividades que nos causan una profunda satisfacción interna, que nos enseña a comprender que los pequeños o grandes sacrificios siempre valen la pena por un fin superior y, sobretodo, que nos permite ser honestos y coherentes con nosotros mismos.

Cuando estas líneas se terminen de escribir aún faltarán algunos días para las elecciones presidenciales en segunda vuelta, sin embargo, cuando esta edición se termine de imprimir, el Perú ya tendrá un nuevo presidente. Así pues, quien haya sido el candidato ganador en esta segunda vuelta, esperamos, dentro de muchas otras cosas, que tenga vocación para gobernar. Vocación para realizar la mayor de todas la actividades que un país requiere, gobernarlo. Es cierto que el Perú requiere de mucho en estos momentos, pero si se trata de su presidente, necesita mucho más. Requiere de una persona con vocación, que comprenda que el fin del pueblo es un fin superior a su persona, que sepa ponderar los sacrificios, que sea honesto y, sobretodo, coherente con las propuestas que lo llevaron a la presidencia.

Sin una verdadera vocación, sincera y profunda, ninguna de las actividades y trabajos que realicemos podrán ser llevados en buenos términos, no gozaremos de la satisfacción personal de saber que los hacemos con gusto, de manera honesta y coherente, ni nuestros estudios, ni siquiera la edición de una revista y, menos aún, la presidencia de un país.

En Ius et Veritas tenemos una vocación, la misma que ha atravesado las distintas generaciones que nos precedieron y que esperamos atravesase a las generaciones venideras; es una vocación por crecer y mejorar, por evolucionar. En ese sentido es que podemos decir que Ius et Veritas se hace y se deshace en cada número, ello originado en la coherencia con nuestra propia vocación de evolución. Así, hoy podemos decir con orgullo que, una vez más, hicimos Ius et Veritas.

Pando, junio de 2001